

Asesinos seriales

Un fenómeno reciente de la criminología

Por Omar Breglia Arias

1. Introducción

Casi todos hemos visto algunas de las películas donde el personaje central es el psiquiatra caníbal Lecter. Bien, comencemos por decir que eso es pura ficción... la realidad es mucho más grave.

El “Monstruo de los Andes”, José A. Garabito, colombiano, mató en cinco años a ciento cuarenta niños. Albert Fisch, un viejito de apariencia bondadosa, secuestró en 1935 a una niña de cuatro años; tres años después le escribió a la madre para contarle cómo la había comido, en nueve días. Después de su detención, confesó sesenta asesinatos de niños. Ottis Toole un caníbal de cuarenta y cinco años entrevistado en la cárcel de alta seguridad de Starke, La Florida, por un criminólogo francés, quien le pregunta por su salsa, premiada en un congreso gastronómico por una broma de los organizadores, le contesta: “le agradezco que me lo recuerde. Efectivamente, pero es una salsa que se puede comer con cualquier carne”. Otro asesino serial, Chase, el “Vampiro de Juramento”, le dice al psiquiatra del FBI, “si me suprimen matar, suprime mi universo”; había matado y bebido la sangre de doce personas.

La mayoría de los asesinos seriales son estadounidenses. En Florencia, Roberto Succo fue llamado “El Monstruo”, como Garabito. Fritz Haarman, el “Carnicero de Hannover”, Alemania, y Andrei Chikatilo, ruso, son otros casos asombrosos de asesinos caníbales. Pero sobre ciento sesenta casos famosos que la criminología ha archivado entre 1970 y 1990, ciento veinte son estadounidenses.

Estos asesinos de muchas personas parecen indicar tres cosas: 1) el sistema de seguridad norteamericano no se parece al de sus películas, y es tan fallido como cualquiera; 2) el asesinato serial es más propio de los grandes urbes, de las grandes ciudades donde la acumulación de seres humanos, y un capitalismo y consumismo exacerbado producen con frecuencia alienación y odio a la sociedad (teoría del criminólogo italiano Alessandro Baratta), y 3) las guerras terribles que los Estados Unidos de América ha tenido, Primera y Segunda Guerra Mundial, Corea, Vietnam, y la Guerra del Golfo, donde las armas han alcanzado un efecto destructor increíble y una crueldad sin límites y las poblaciones civiles son el blanco, confesado incluso. Particularmente Corea y Vietnam, con la inclusión del *napalm*, han dejado una secuela terrible en el espíritu de muchos estadounidenses. Sin ir más lejos, muchos asesinos seriales, como Chase, y Arthur Shawcross, confesaron que la guerra era inspiradora e instigadora de sus crímenes. Shawcross dice que en Vietnam colocaba la cabeza de las mujeres aldeanas sobre estacas, y que como el pueblo vietnamita es muy supersticioso, esto era también una forma de delimitar el territorio avanzado.

2. Inimputabilidad

La inimputabilidad es un tema aparte en relación a los asesinos seriales. La mayoría de estos asesinos no son psicóticos sino psicópatas.

Los psicóticos, o sea los locos, pueden ser alegados como inimputables en Estados Unidos, pero la alegación estadísticamente sólo tiene éxito en tres casos sobre mil. Por otra parte, el asesino internado como loco tendrá más dificultades en salir en libertad que el que no ha sido declarado como tal. El sistema de reducciones permite atenuar muchas veces la pena de manera notable. Eso no ocurre con la libertad que pueda darse a un loco asesino.

3. El caso de “Tim Bindner”

En un documental se dice que en poco tiempo desaparecieron siete niñas en San Francisco, Estados Unidos. Un hombre de aproximadamente cuarenta y cinco años, Tim Bindner, apareció de inmediato y reiteradamente en la casa de las niñas. Habló con las madres mostrando interés en la búsqueda, y se ofreció insistentemente para ello. Pidió y dio orientación, recomendó libros especializados, entre ellos, *Motivos y patrones de asesinos sexuales*.

Interrogado por una periodista, manifestó conocer detalles que nadie conocía. Obviamente, despertó sospechas sobre su propia persona. La periodista habló largamente con él, esperando una palabra, una entonación que sea el hilo de un descubrimiento; años después dijo estar convencida de su culpabilidad.

Una de las madres, trabó una extraña relación con Bindner. ¿Cómo puede conocer tantas cosas y no ser el autor o alguien que esté más cerca de lo que dice, de los autores? Bindner, en las largas conversaciones con la periodista se comprometió en sus palabras. Pero como un personaje de Henry James, sus giros coloquiales eran elípticos, esfumados, parecían contradecirse entre ellos, y eludían ir más allá. Todo está –dice– en su interés en que se descubra lo que ha ocurrido.

La cuestión sigue en otro ámbito: es interrogado por la propia policía, que se encuentra con una pared: no se le puede probar nada.

Mientras tanto las niñas, a lo largo de todo este tiempo, no han aparecido, una de ellas, la mayor, tendría ahora veintiún años. Desapareció cuando aún no había llegado a la adolescencia. Es la madre de ésta, la de la “extraña amistad”, la que reiteró a la periodista su seguridad de que Tim Bindner, no es ajeno al caso. ¿Y por qué siguió tratándolo? Porque en todos estos años esperaba encontrarlo en un desliz, en que por molicie o por cansancio o por estúpida arrogancia, incurriera en una falla. ¿Fue Tim Bindner realmente el autor? Se han pedido antecedentes. Pero no hay indicaciones; no hay evidencias, ni la mínima, tampoco. ¿No es sorprendente, sin embargo, que este hombre, siguiera en la búsqueda, siguiera visitando a las madres a lo largo de muchos años?

¿Quién es Tim Bindner? ¿Un esforzado ciudadano transformado en un ariete civil e incansable de la justicia? ¿Un loco? ¿Un ebrio de notoriedad? Ante una acusación concreta de los familiares de una niña, Bindner no trepidó e inició un juicio por calumnias, que ganó. Le fueron asignados 90.000 dólares por daños.

En este tiempo, las madres le han cerrado las puertas en la cara. Quieren vivir. Quieren cerrarse al pasado. No pueden cambiar su vida por la de cualquier mujer que pasa por la calle. Están señaladas por un ominoso destino hasta el cese de su existir; pero quieren comenzar a tener una sonrisa, esa mueca, extrañísima ahora, que un día se les dibujó en la cara. Pero Bindner sigue ante otras notas periodísticas, avanzando y retrocediendo en su compromiso, como un maestro de la guerra no declarada que juega. Como un estratega del esquivo, nunca es del todo ajeno, el insospechable por una digna causa. Y nunca es del todo el autor, o por lo menos, el procesable de los más horrendos crímenes. Y estas actitudes frente a las madres ¿no serán comparables a aquella carta que Albert Fish escribió a Delia Budd, contándole cómo, tres años atrás, había asesinado a su hija, y cómo, con lujo de detalles, había devorado su cuerpo, durante nueve días? El sobre de esa carta, luego de una prolija investigación, terminó con su captura.

¿Qué son estos seres frente a los cuales el hombre “hecho a imagen y semejanza de Dios” parece una mala broma? La carta de Fish es la carta de un loco, y el tiempo demostró que lo era. Pero creíble...

4. ¿Son locos los asesinos sexuales?

La mayoría no son locos, sino psicópatas, llevados por un hambre sexual que al mismo tiempo los fagocita. Urden sus crímenes, a lo largo de años, con períodos a veces largos de inactividad. Las víctimas son personas elegidas prácticamente al azar, que responden a sus intereses eróticos. Un complicado ritual está presente en la mayoría de los casos. Si son heterosexuales serán mujeres, y serán hombres si son homosexuales. Como en el caso de Fish, muchos de ellos son caníbales. Comen la carne de sus víctimas en la extremada dirección de la apropiación del otro. Quieren integrarlo a su propia carne, que les pertenezcan hasta el límite último.

Y no pueden ser mejorados. No hay tratamiento. Han fracasado todos los intentos para hacer de un psicópata un hombre útil, no peligroso. Cuando salen en libertad, después de largo tiempo de condena, a veces casi toda una vida, cometen nuevos crímenes en períodos que se han estimado no superiores al año. ¿Hay una nueva crisis en esto para el ataque a la pena de muerte como instituto penal?

La concentración habitacional de las grandes ciudades del mundo parecen ser un buen argumento para las ideas que viniendo de Marx han ubicado al psicópata como una resultancia del sistema capitalista (Baratta). De los 170 grandes asesinos seriales identificados en los últimos treinta años, 130 lo fueron en los Estados Unidos. En Hannover, se recuerda aun hoy a Fritz Haarman, “El Carnicero” y en Dusseldorf a Peter Kürten, “El Vampiro”. Italia tiene a Roberto Succo, “El Monstruo”. Pese a que hay asesinos históricos como el “Caballero de Gilles”, que mató a cientos de niños, la historia parece remontarse más acá al más difundido, Jack, “El Desnudador” o “El Destripador”, en traducción no fiel, criminal en un barrio oscuro de Londres.

Casi siempre está presente el fin sexual desviado. Excepciones en cuanto al fin sexual, las hay también en Francia, Henry Landru o Marcel Petiot, con engaños que parten de trácalas distintas, pero motivados en la codicia. Lo mismo ha ocurrido en España. Pero es en Estados Unidos donde los hechos y el número de ellos superan

todo lo imaginable. Y no es un lugar común, o lo es pero obligado, es difícil creer el relato de estos hombres, casi siempre con una inteligencia superior, que parece ser que es lo único que les queda de humanos.

5. “Serial killer”, “spree killer” y “mass murder”

Conviene distinguir, cuando hablamos de asesinos seriales, *serial killer*, no hablamos de los asesinos en raid, *spree killer*. Estos últimos despiertan un día y salen a matar. Matan todo lo que encuentran o buscan sin saber porqué. La visita a un amigo concluye con él en la puerta misma de la casa. Y luego recorren todo el pueblo, y otro pueblo más, matando. Diez o quince personas es un término medio de una operatoria que puede durar, a lo sumo una hora o algo más. Terminan suicidándose o haciéndose matar. Es en realidad un raid criminal lo que los caracteriza.

Otra cosa distinta es el asesino en masa, *mass murder*. Lo más parecido entre nosotros, Mateo Banks, hace setenta años. Éstos matan a toda una familia o a todos los integrantes de una oficina, en la que trabajan. O adolescentes, matan o intentan matar a todos los alumnos de un colegio. Éste es un acto único, generalmente sin desplazamientos.

6. Características del psicópata

¿Qué es un psicópata? Se abunda hoy con el término, que no pertenecía a nuestro lenguaje cotidiano hace veinte años. Pero no se ha avanzado mucho en esto de usarlo, porque se lo hace mal. Muchas veces decimos de alguien que es un psicópata porque es un “vividor”, alguien en quien no se puede confiar porque tarde o temprano nos hará una mala pasada, traicionándonos, mientras hasta aquí ha subsistido de nuestro provecho. Ese *aprovecharse* es la nota central de su conducta.

Esto corresponde a un tipo de psicópata, que según la clasificación de Kartmann, responde al término de “parásito”. El otro psicópata, el “depredador” es el que nos interesa aquí. Los psicópatas son individuos que viven, lo que se dijo un día, en los comienzos de su categorización, una “manía sin delirio” (Pinel); sin alucinaciones, pero de extrema peligrosidad, por su crueldad, por una especie de falla en el distingo del bien y del mal, ya que no “sienten” lo que hacen. Esta incapacidad para experimentar el “dolor” del otro los lleva a vivir la muerte de un semejante exactamente como le ocurriría a una persona normal frente a la muerte de una cucaracha.

El psicópata no está instalado fuera de la realidad, tiene de ella una percepción correcta, eso no lo hace “un loco”, pero sí puede llevarlo a cualquier extremo en la medida que se vale de esa percepción para los más tremendos fines, generalmente sexuales. Si es depredador, unirá a su incapacidad para resistirse a las frustraciones y a su incapacidad para resistirse a las gratificaciones, que son cosas distintas pero caras de una misma moneda, una dirección de la conducta que sacrifica al otro por “muy poca cosa”, apenas un orgasmo sexual por estimulación desviada.

Y a veces ni eso, porque suelen ser como Arthur Shawcross, impotentes o semimpotentes.

El psicópata depredador no experimenta el deseo de dejar de matar. En realidad, vive para la muerte de los otros.

Mentirosos, simuladores, indignos de la mínima confianza, buscadores de sensaciones por su baja estimulación cortical, egoístas hasta sentirse “centros” del mundo, al no “padecer” por el otro, incapaces de remordimientos, ni de ningún sentimiento de culpa, con un nivel de inteligencia generalmente superior que utilizan para manipular a sus semejantes, se los llama en Estados Unidos, sociópatas, término que pone énfasis en su incapacidad de convivir en una sociedad. No pueden mantener siquiera una situación de pareja profunda y equilibrada, no sólo por la dificultad general de establecer relaciones interpersonales, sino por su vida sexual impersonal y poco integrada. Agréguese a todo esto, fallas en el control, de los impulsos e ineficacia de los castigos para hacerles cambiar de conducta.

Pero lo que contribuye más a su peligrosidad es su encanto superficial. El psicópata se da cuenta de su mal, que no sufre (error de Schneider, quien hizo una famosa clasificación) pero que disfraza inteligentemente, porque estorba a sus propósitos. Tiene, como dijo Cleckley en el título de su libro, *La máscara de la cordura*.

Por último, está la incapacidad de empatía, de “ponerse” en el lugar de los otros, y la característica de que para ellos sólo existe lo inmediato, y en consecuencia nunca están ansiosos. Lo que es explicable: la ansiedad es precisamente un estado de desazón, producto de temer qué pasará en nuestro futuro, a corta o a larga data. Pero ¿cómo temer al futuro, si es algo que no existe? Frente a esto y con respecto a esa explicación por la cual el descuido y la escasa previsión que pone el psicópata al matar es consecuencia de un deseo oculto de ser descubierto, creo que existe una respuesta mejor: no se cuidan, por lo menos como sería de esperarse ante tan graves acciones, porque simplemente el futuro, la cárcel o la ejecución, no existen en su plan de vida. Su plan de vida es lo inmediato. No hay nada que se pueda imaginar después. Por otra parte, los psicópatas tienen baja estimulación cortical. Ésta es otra razón para “necesitar el escalofrío”, como dijo uno de ellos. Necesitan estimularse con las grandes sensaciones, los grandes peligros, y por eso matan.

Para luchar contra esta nueva aparición delictual que son los asesinos seriales, el FBI interrogó a muchos criminales encerrados en cárceles norteamericanas, y produjo el famoso perfil del *serial killer*, un mix de psicología, informática, ciencia... y un poco de intuición. Así nació el programa VICAP, en el Departamento de Investigaciones Criminales del FBI, en Quantico, Virginia; el mismo cuyo parque vemos en los primeros treinta segundos de rodaje de “El silencio de los inocentes”, con la protagonista, Jody Foster, haciendo “jogging”.

¿Pero este “perfil” sirve para encontrar al delincuente? Por supuesto que no. Sí para coronar las sospechas una vez que se tiene al criminal. También el programa suministra datos para orientar la investigación, por ejemplo, si el rostro de la víctima es irreconocible, debido a golpes o a alguna mutilación, esto indica, en la mayoría de los casos, que el asesino y su víctima se conocían. Cuando el lugar de un crimen sangriento presenta indicaciones de una gran limpieza, como una bañera recién limpiada, con cuidado de toda mancha de sangre, esto indica que probablemente el asesino salió hace menos de seis meses de un establecimiento psiquiátrico.

La Asociación Americana de Psiquiatría ha dicho, en 1980: “La principal característica es una alteración de la personalidad en la cual hay una historia de conducta antisocial crónica y constante en la que los derechos de los demás son violados. La conducta antisocial no es debida a ningún retraso mental, esquizofrenia, o episodios maníacos. La mentira, el robo, las peleas, hacer la ‘rabona’ y la resistencia a la autoridad, son signos típicos en la infancia. También la tortura y muerte de animales domésticos. En la adolescencia son frecuentes una conducta sexual inusualmente temprana y agresiva, la bebida excesiva, y las drogas ilegales. Luego la incapacidad de mantener un desempeño consistente en el trabajo o en funciones como la responsabilidad paternal. Pasados los treinta años, algunos de los aspectos más notorios pueden disminuir, particularmente la promiscuidad sexual, las disputas, delitos y vagancia”.

7. Los casos más resonantes

Los casos de Daniel Bercowicz, el “Hijo de Sam”; Ted Bundy y Jeffrey Dahmer son los más conocidos entre nosotros. También el de Roberto Caputo, el asesino serial argentino, que comete sus crímenes en Estados Unidos, y encerrado, muere de un ataque al corazón, jugando básquet. Caputo había matado también en México, eran todas mujeres de su vida ante las cuales no fue tolerable la frustración.

Se habló y escribió mucho sobre Bundy, y a su historia se le dedicaron películas. Este activista político y consejero psiquiátrico, utilizó su muy buen grado cultural para desplazarse en ambientes universitarios de Estados Unidos, dejando una estela de muertes a su paso, generalmente de muchachas que respondían a un patrón físico y social. Dahmer, homosexual y caníbal, fue descubierto hace pocos años. Tenía en la heladera de su casa, parte de los cadáveres de sus víctimas, todos hombres. Un muchacho que pudo escapar precipitó su detención. Dahmer asesinado por otro preso, murió en la cárcel.

Pero uno de los casos más singulares es el de Kenneth Bianchi. Inteligencia y capacidad de simulación son llevados al extremo. Bianchi era un verdadero actor. Aparentó sufrir un trastorno de personalidad múltiple. Él, que no recordaba nada, no era el autor, sino una de las personalidades, a la que se llamó “Steve”. Engañó a su abogado y más sorprendentemente a un destacado psiquiatra, John Johnston. Bajo el pedido de éstos, Bianchi fue sometido a hipnosis por un especialista en personalidad múltiple, John Watkins. Durante las sesiones, Bianchi convenció al especialista. Y más tarde a otro experto, Ralf Allison. El 18 de abril de 1979, la revista Time informó que Bianchi había sido considerado como enfermo por dos de los psiquiatras más eminentes de los Estados Unidos. Kenneth era inocente, “Steve” había matado a las víctimas. Kenneth lo ignoraba todo.

El trastorno de la personalidad múltiple consiste en la presencia “dentro” de una persona, de una o más personalidades diferentes, donde una de ellas será la dominante. La característica definitoria son las lagunas de la memoria. Es posible atribuir a que Kenneth había visto películas sobre el tema su conocimiento de lo que es este síndrome. Pero lo cierto es que aun con ello parece imposible que tres peritos de tanta importancia hayan sido engañados. ¿Y por qué decimos esto? Para revelar la superchería, se le tendió una trampa al imputado. Se puso en su conocimiento, de

una manera que no diera lugar a sospechas, que distintos aspectos debían ir apareciendo con el tiempo en una personalidad múltiple, lo que no había ocurrido ahora. Kenneth los simuló. Terminó reconociendo su culpabilidad, y fue condenado a cadena perpetua.

El caso de Gary Gilmore también tiene características propias. Gilmore, inteligente, lúcido, fue estudiado por Norman Mailer, en su libro titulado *La canción del verdugo*, y cuya esencia y sistema de trabajo, fueron criticados por Truman Capote, que había publicado antes *A sangre fría*, la historia de dos muchachos que matan a toda una familia de granjeros. Capote se quejó del supuesto plagio.

Gilmore mantuvo con su amante una correspondencia apasionada, inteligente, escrita con alto vuelo lírico. Los dos promiscuos, infieles, mantuvieron una relación que se unía y se desunía, pero siempre creciendo en vitalidad y en vibración excepcional, de lo que las cartas que cruzaron son un testimonio sorprendente. Reiteradamente Gilmore pidió su ejecución. Finalmente, lo mataron.

Henry Lee Lucas, sobre quien se hizo la película *Henry, retrato de un asesino en serie* y Ottis Toole son dos bisexuales, que viven en pareja y cometen una enorme cantidad de crímenes. Lucas mataba preferentemente a mujeres autostopistas, y Toole, hombres. También eran caníbales.

Stéphane Bourgoïn, un importante criminólogo francés, codirector de la Unidad de Ciencias del Comportamiento en el Centro Internacional de Ciencias Criminales, de París y autor de *Asesinos*, visita a Toole, en la prisión de alta seguridad de Starque, en el Estado de Florida. Antes, le solicita orientación a Sondra London, quien había editado los dibujos de Toole. Ésta le recomienda que para entrar en conversación con Toole, le hable bien de su salsa barbacoa (no tiene pensamiento abstracto, dice London). Esta salsa era utilizada por Toole para comer carne humana, según él mismo declarara, y había sido premiada con mil dólares luego de ser presentada en un concurso de cocina, en Canadá. Esta *boutade* de los organizadores enorgullece a Toole. De manera que cuando Bourgoïn es dejado a solas con Toole, le dice: “Recibí la receta para la salsa barbacoa que me envió y hasta la probé; y se suscita este diálogo: —¿Era buena? —pregunta sonriente Toole—. —Muy buena... pero no la empleé con la misma clase de carne que usted. —Es buena para todas las carnes —concluye Toole—.

En 1984, Henry Lee Lucas fue condenado a muerte por los asesinatos de Becky Powell, una adolescente que había hecho su amante a los trece años, y que era en realidad su sobrina, y “Calcetines Naranja”, una muchacha cuya identidad nunca se logró. Para ese entonces, Lucas acumulaba seis cadenas perpetuas y dos condenas más, una a sesenta años y otra a sesenta y cinco. En total sus asesinatos reconocidos por la ley fueron once, aunque se lo vinculó en algún momento a cincuenta y siete. De todos modos, a sus muertes hay que sumar una buena cantidad de delitos menores, secuestros y hechos de necrofilia y canibalismo en gran número para dar un retrato psicológico de este asesino. A más, Toole era un incendiario con muchos entuertos en su haber. En los minutos finales de *Henry, retrato de un asesino en serie*, el protagonista llega a un motel con su amante y se suscita un cambio de palabras. La próxima escena enfoca la mañana siguiente. Se lo ve a él del motel sólo con su valija, que coloca en el maletero del auto. Toma el camino y a poco se detiene, baja y coloca la valija a un costado del camino. La cámara se acerca hasta

que la valija ocupa gran parte de la pantalla. De ella sale un hilo de sangre. La película termina.

Ed Kemper, era un gigante de casi dos metros y enorme fuerza, que mataba mujeres en las autopistas, por largo tiempo. Ya de niño mató al gato de la familia. Lo enterró hasta el cuello y luego le cortó la cabeza. De sus grandes y numerosos crímenes, dijo que prefería las universitarias de “nariz levantada” y de clase económicamente fuerte, que revelaban arrogancia y altanería en sus modos de hablar y sus gestos. Kemper mató también a su propia madre. Pero no lo pueden detener por varios años, y sólo entró a prisión por su propia voluntad. Aparece aquí la inteligencia y la capacidad de simulación otra vez.

El doctor Donald T. Lunde es el psiquiatra que mejor ha conocido a Kemper. Dice que su inteligencia está en una categoría que es del 1% de la población (coeficiente intelectual de más de 140). Kemper llegó a ponerse de novio con la hija del jefe de policía local, y a cenar en casa de éstos. “Paraba” en el bar que los policías que estaban investigando sus crímenes frecuentaban, frente a la comisaría, en Santa Cruz. Se había hecho amigo de ellos. Así se enteraba de sus conversaciones sobre el caso y de la marcha de la investigación. ¡Simulación!

También Kemper era caníbal y se regocijaba contándole a la policía cómo preparaba sus platos.

8. Opinión de los especialistas

¿Hay una definición de la psicopatía? Hace cinco años, un amigo de ese entonces a quien yo había comentado que buscaba inútilmente un libro de Joel Zac, *Psicopatía* (1972), me llamó muchos meses después para decirme que acababa de verlo en una mesa de saldos de una vieja librería. Me preguntó si seguía interesado en él, temeroso de que ya yo lo hubiera encontrado (antes, hasta habíamos recurrido a su editor, un hombre de mucha edad, ya retirado, a quien costó ubicar en su casa particular, no conservaba ningún ejemplar). Por supuesto le dije que sí, y así me hice del libro, o por lo menos de su primer tomo. Me animaría a afirmar que no lo escribí nunca.

Zac es el mejor expositor del tema, según parece. Psicoanalista formado por Langer, Pichon-Rivière y Liberman, en la década del cincuenta ha dicho: “la psicopatía es una organización de la personalidad históricamente determinada por una distorsión infantil de la evolución yoica, con una estructura narcisista egosintónica, con intolerancia a la frustración (bajo umbral de tolerancia) y una irresistibilidad impulsiva psicopatológicamente caracterizada por el predominio intra psíquico de una ‘situación básica’ (‘borrosidad’ y ‘multiplicidad de objetos’) que estructura la neurosis grave de la infancia, con deterioro de la identidad, la simbolización, la socialización, el control de la agresión, la comunicación, con conductas aloplásticas concretas resultantes de la interacción inicial del niño (luego el adolescente y el adulto) con su ámbito familiar y grupal, con un superyó lacular deficitario”.

En todo lo que hemos dicho antes, Zac está casi de acuerdo. Se aparta en dos aspectos, que son más de modo que de naturaleza: “hay un predominio de la proyección del mundo interno sobre el mundo externo, no obstante lo cual las psicopa-

tías pueden diferenciar, aunque con alguna dificultad la fantasía de la realidad”. Y otro: “la independencia del psicópata es solamente aparente, pues más profundamente necesita transformar a los otros en dependientes de él, a través del dominio ejercido sobre sus objetos externos. Considera y toma a los otros como una prolongación de sí mismo, especialmente de su propia voluntad”.

Ahora ¿son los delincuentes siempre psicópatas? En los habituales hallamos distintos grados de psicopatía, elementos psicopáticos. Y podemos decir que un número alto de estos delincuentes lo son. En cuanto a los asesinos seriales, unos pocos son realmente psicóticos: Albert Fish, Herbert Mullin, William Eirens, Ed Gein y Daniel Bercowitz, “Hijo de Sam”, entre otros. Gein, que cosía máscaras y trajes de piel humana inspira en eso al asesino de “El silencio de los inocentes”, al que ayuda a descubrir el personaje de Hopkins, desde la cárcel. Pero la mayoría, como hemos dicho son psicóticos.

Tres destacados médicos, criminólogos, y autores sobre el tema de los asesinos seriales, pueden ser escuchados en sus opiniones. El doctor Stanton E. Samenov, es autor de *Inside the criminal mind* (El costado de la mente criminal, 1984) y coautor de los tres volúmenes de *The criminal personality*. Para Samenov, el jurado y los espectadores no comprenden las muy complicadas y técnicas cuestiones vinculadas a estos casos. “A un criminal en serie lo motiva la emoción, lo prohibido. Busca desde su más tierna infancia actividades que lo electricen. Su objetivo final es humillar a la víctima, reducirla a la nada. Los criminales saben engañar a los psiquiatras. ¿Qué hace un psiquiatra? Pasa algunas horas en compañía del criminal antes de escribir su informe. El criminal ha tenido toda su vida para aprender a engañar a la gente, a descubrir sus puntos débiles, a comprender lo que trata de saber para contarle lo que quiere oír. Todos poseemos la capacidad para cometer un crimen, pero el individuo para quien el crimen es un estado de ánimo permanente ve la vida con otros ojos. Por ejemplo, si soy un ladrón y entro en una habitación, todo lo que se encuentra en ella me pertenece. Me basta con descubrir la manera de apoderarme de ello. Si usted me pregunta si puede rehabilitarse un asesino en serie, debo contestarle, no, no lo creo. Son demasiado peligrosos. No se puede confiar en ellos”.

El doctor Ronald Markman es también criminólogo especializado, y médico psiquiatra y autor de *Alone with the devil: Famous cases of a Courtroom Psychiatrist* (1989). Interrogado por Stéfane Bourgoin, dice: “la mayoría de la gente cree que la psiquiatría legal existe sólo para ayudar a los criminales a escapar de un castigo justo. ¿Alegar locura? Es un sistema de defensa en realidad poco usado. Si se considera el conjunto de los acusados que comparecen a juicio, solamente el 1% de ellos decide adoptar este sistema de defensa. De este número muy reducido, sólo del 5 al 10% consigue éxito, lo que significa que de mil casos, uno solo logra obtener este veredicto. Son los casos más célebres, más difundidos y esto lleva a pensar que este sistema de defensa es más exitoso de lo que es. En Estados Unidos, un acusado que ha alegado con éxito locura permanece más tiempo en un asilo de lo que estaría en prisión. A un demente se lo encarcela a perpetuidad, incluso cuando el máximo de la pena de su delito sea de diez años. Téngase en cuenta que hay dos clases de asesinos seriales, el psicópata de personalidad antisocial, y el psicótico, que es generalmente esquizofrénico - paranoico.

El doctor Donald T. Lunde, fue profesor de psiquiatría y de ciencias del comportamiento en la Universidad de Stanford. Es autor de *Murder and madness* y de *The die song: A journey into the mind of a mass murder*, entre otras obras. Fue un adelantado en estudiar a los asesinos seriales para el FBI. Lunde dice: “los esquizofrénicos paranoicos son tratables, y muchas veces se logra éxito. El psicópata no tiene tratamiento. En cuanto a los dieciséis asesinos en serie que he estudiado de cerca, todos soñaban con ver su nombre en los periódicos. Solamente dos deseaban la muerte: Ed Kemper que se entregó, y Gilmore”.

Samenov piensa que los descuidos y negligencias por las cuales un asesino serial es capturado no responden al deseo oculto para él de ser detenido, sino a la impunidad con que se siente protegido por la suerte. Cree que es un mito, procedente tal vez de un artículo de Freud: “algunos tipos de carácter que se encuentran en el trabajo psicoanalítico”. “Berkowitz, ‘el Hijo de Sam’, aparcó mal su coche junto a un lugar donde después, se supo, se cometió un asesinato. Un agente de policía le impuso una multa. Los detectives advirtieron esta multa e investigaron a Berkowitz, y supieron así, por un vecino, que tenía la fama de atribuir a un perro su posesión diabólica. De ahí a su captura fue cuestión de coser y cantar”.

Markman dice finalmente: “en Estados Unidos se discute mucho sobre la pena de muerte. Como médico mi función es prolongar la vida, pero hay individuos que no merecen vivir, y que —es lo más importante— si recobran la libertad volverán a matar. En los comienzos de mi carrera me oponía a la pena de muerte, pero confieso que he cambiado de opinión. Uno de ellos me dijo: si me suprime la muerte, me suprime la vida”. El interrogatorio grabado de Arthur Shawcross concluye con esta pregunta y esta respuesta: —¿Qué debería hacer la policía con alguien como tú? —Meterme en la cárcel para toda la vida. Si me sueltan volveré a hacerlo. Pero como sabemos, una pena de este tipo contradice el mismo sentido de la pena.

Tal vez no sea la suerte lo que hace que un asesino serial sea negligente, descuidado en sus delitos, sino el hecho principal de la falta de futuro del asesino. Lo hemos dicho antes: el psicópata vive sólo el presente, no el pasado y tampoco el futuro. Ni siquiera puede imaginarlo: él es todo acto. Es por esto que no sufre ansiedad. Ésta no existe en la medida que tampoco el futuro, no hablemos del mediato, sino también del inmediato.

Piénsese lo que uno quiera pensar, el asesino serial no parece ser, hasta ahora, afortunadamente un tipo de criminal establecido en Argentina. Pero me parecen oportunas estas consideraciones revulsivas, si las cosas un día cambian. Quizás ésa sea la ocasión de volver a hablar de la pena de muerte.

© Editorial Astrea, 2002. Todos los derechos reservados.